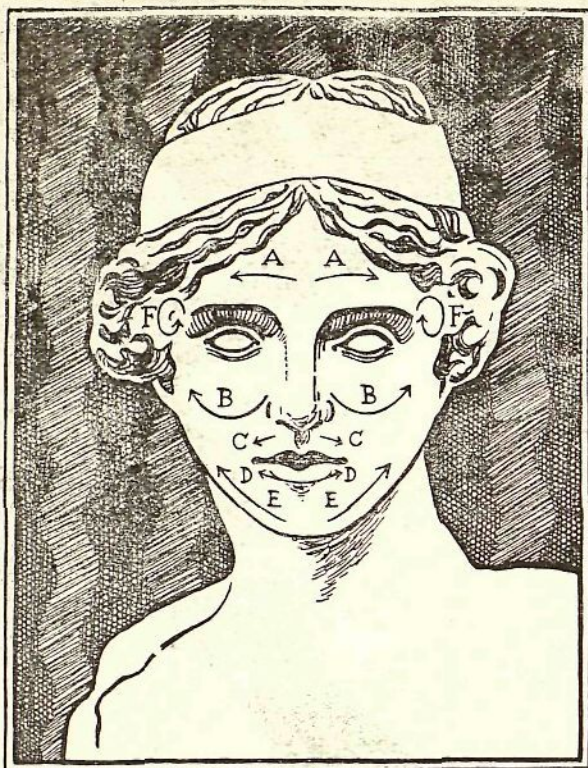




Dib. LOPEZ RUBIO.—Madrid.

ELLA.—La verdad es que con tanto tiempo como llevamos de relaciones ya debías pensar en casarte.

EL.—Bueno, y si me caso, ¿con quién voy a salir por las noches?



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Bases para el Concurso de diciembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de **Buen Humor** correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para

el primer sorteo del próximo febrero.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 8 de enero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redac-

ción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de diciembre insertos en esta página. A los *suscriptores* de **Buen Humor** les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de enero se publicarán las

soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

CUPÓN

correspondiente al núm. 158

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

1.—Sinistro.

RÍO LEJANO

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

2.—Charada zoológica.

—Si se *tercia-prima* tu marido, tú y nadie más que tú tiene la culpa.

—Sin *prima-dos* no se atreve. Es muy comodón.

—Que le inviten a disparar unos tiritos contra cualquier *todo*... ¡y ya verás lo que es bueno!

3.—Escritor.

ESTADOS UNIDOS

VAGNER

EL PRIMER BORRACHO

50

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

4.—Infinitivo.

PRIMERA MAMÁ

RÍO

EXTRAVAGANTE — 0

5.—Una bella cancionista.

VALLE SIN N

100 ORIENTE

51

CIUDAD SIN ARTÍCULO

6.—Rápida.

SEMIDIOS

PLANTA

BEATA

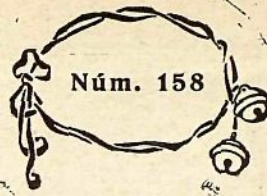


Su simpatía tiene un aliado
en la acción eficaz, suavidad exquisita,
delicioso aroma y agradable sabor de la
P A S T A D E N S

Úsela a diario y tendrá Vd. la boca sana,
la dentadura blanca y brillante y su son-
risa será más sugestiva y encantadora.

Tubo, 2 ptas. en toda España.

PERFUMERIA GAL. - MADRID



YO QUIERO SER GRANDE



VAMOS a ver: ¿hay nada en este mundo peor que ser un hombre chiquitito? Los hombres de exigua estatura, como yo, somos el pararrayos de la poca suerte. Yo no me quejo por ahí, pero lo sé; lo he comprobado mil veces, lo verifico a todas horas. Me da vergüenza quejarme, y no quiero que me llamen bilioso, gastralógico, amargado, y esas mil horrendas cosas más que nos llaman muchos compañeros fornidos..... Ser pequeño es, para todo el mundo, el testimonio más ostensible de que no se ha logrado llegar a ser grande. Y esto abochorna, y esto mortifica, por mucho que trate uno de disimularlo. ¡Cuántos amigos nuestros, que valen considerablemente, que tienen talento y actividad y prestigio bien ganado, serían bastante menos en este mundillo si no tuvieran la impo- nente barriga que tienen o no usarán las barbas que se cuidan, con comercial celo, de ir haciendo cada día más frondosas! A mí que no me digan: la estatura influye de un modo decisivo en el reparto de la categoría social. ¿Cuándo podré yo dirigir una empresa, o un gran diario, o una importante explotación, si soy una chispita de hombre, afeitadillo, desme- drado, que camina a saltos y se ríe por cualquier bobada? ¿Qué caso van a hacer de mí las mozas, las hembras, las madamas que se desvanecen de un tórax corpulento y de una musculatura a lo Miguel Angel? ¿A qué triunfos voy yo a conducir a nadie, capi- taneando, apostrofando o arengando? El soporte de las coronas son los tacones. La claridad sólo anida en las alturas. Ninguna criatura que se eleve a un metro sobre el nivel de las ambiciones hu- manas podrá prevalecer. Los faros, ¡ay!, se afirman sobre eminencias...

Con un gigante, ¡qué!, con

un individuo de estatura algo aventaja- da, nadie osa discutir. Yo he visto a muchos editores que me regateaban a mí, mínimo, unos duros, y solos rega- laban a otros colegas más volumino- sos y de apariencia más consistente. Yo he devorado la amargura de obser- var que, en una reunión, a mí, menudo y sin fachada, no se me ofrecía la re- bosa copa espumosa, ni el fiambre oloroso, ni la sonrisa que confor- ta, ni el cumplido que halaga. A mí, las conta- das lectoras de mis novelitas me han dicho al conocerme: —¡Qué rareza! ¡Y yo que le creía a usted tan alto, tan buen mozo!— A mí los camareros no me dan las gracias nunca, y los co- cheros me miran de reojo, y no me abren paso. Para mí no existe la gloria

de trepar a un caballo, ni de exhibirme bajo un dosel, ni de susurrarle alguna majadería galante a ningún «otoñal». De nada sirve que no haga daño a na- die, por lo menos a sabiendas; inútil es que me humille, y me encorve, y sonría a todos y a todo con la más ex- quisita compostura. Soy un cero; no tengo la verticalidad esbelta del uno; soy peor que un canalla, que un maldi- to, que un tonto de capirote; soy un hombre pequeño.

¿A mí qué me importa que Jesús, y que Napoleón, y que Bolívar, y que mil esclarecidos seres hayan sido tan ba- jos, tan poquita cosa como yo? Lo co- rriente es que la sociedad se deja sedu- cir por las apariencias, y que, a la idea del genio, asocie la del tamaño. Reco- nozco que todo mi porvenir, frustrado, late en mis bíceps sin desarrollar, en mi pecho hundido, en mis piernas men- guadas, en mis brazos in- fantilmente cortos, brazos para rozar las aceras, nunca para hundirse, como alas, en las nubes...

No; no puedo resignarme a la idea de que yo habría podido ser mucho en esta vida si hubiese crecido un poco más.

No es mi problema de cir- cunvoluciones cerebrales, sino de centímetros. Y toda la lucha nuestra es, en suma, una competencia establecida entre los hombres que incli- nan la cabeza para oírnos y los homúnculos que nos em- pinamos de puntillas para hablarles.

¡Pobre de mí!... Estoy que bufo.

En casa no me soportan; en la tertulia, a veces, callo y le echo al café todos los terrones que puedo. La cara me verdea ferozmente, y ha- cia el hígado noto punzadas que expresan toda mi íntima, mi cotidiana desolación.

¿Y no hay nadie que se dé cuenta de que, si yo no fuese tan pequeño habría llegado a ser grande?

E. RAMÍREZ ÁNGEL



Dib. SILENO.—Madrid.



Dib. ERRASTI.—Bilbao.

—Dice usted que quiere permiso para cuidar a su tía enferma?
—¡Sí, señor; si no hiciera mal tiempo!

MEDIOS PARA ADELGAZAR

I

El médico se lo había dicho:

—Necesita usted variar radicalmente de costumbres. Lleva usted una vida demasiado plácida. ¡Hay que emocionarse, amigo mío! Un minuto de emoción adelgaza más que todos los yoduros habidos y por haber. He ahí el remedio: la emoción—. Respiró fuertemente y volvió a exclamar: ¡Ah, la emoción! Luego se extendió en doctas consideraciones sobre la naturaleza de este anímico estado. De todo

aquel discurso no quedó en la mente de su interlocutor más que este mandato seco, ineludible: «¡Hay que emocionarse!»

Don Toribio Espazarragumerrechea, honorable banquero vasco, era un hombre que hubiese sido feliz a no ser por su extrema obesidad. A cierta distancia daba la sensación de ser un hombre-ventre, ya que esto era lo único que de él se divisaba. Las demás partes de su cuerpo, que en los restantes mortales poseen una inconfundible personalidad, en él parecerían haber

sido creadas, así, como al descuido. El vientre era, en realidad, el progenitor de las restantes partes de su organismo. La cabeza no emergía de los hombros, sino del abdomen; ramificaciones de éste eran las piernas. Era como una de esas caricaturas de Cilla y demás dibujantes de su tiempo, en que el personaje tenía una cabeza voluminosa y unas piernas inverosímiles, arrancando, como dos badajos, de la barriga acampanada. Con una figura así, comprendanlo ustedes, no puede ser feliz.

Don Toribio había ensayado ya diversos procedimientos para enflaquecer. Desde el yoduro hasta el fumar un centenar de habanos al día, pasando por el ejercicio de todos los deportes existentes—golf, fútbol, natación, alpinismo, etc.—, y hasta el no comer, todo lo había intentado don Toribio y todo sin fortuna. Bien es verdad que el hombre no era todo lo metódico que hubiera sido deseable. Por otra parte, ese plan, a quien nadie negará virtud, tal como don Toribio lo practicaba, perdía toda su eficacia. Don Toribio decidía no comer durante una semana. Bien. Pero al propio tiempo se recetaba un reposo absoluto. ¡Qué desatinos! Pasado ese tiempo, don Toribio se dedicaba al alpinismo. ¡Bravo! Caminaba durante cuatro o cinco horas... ¡Pirámida! «Me parece que he adelgazado», pensaba. Estamos ciertos que no se equivocaba. Pero, ¡ay!, al propio tiempo qué disminución de volumen: el banquero notaba unas tremendas ganas de comer. Ponfase a la mesa y comía, comía durante tanto tiempo, por lo menos como el que había invertido en la excursión. Comprenderán ustedes que de ese modo no es posible enflaquecer. ¡Ah! ¡Si durante el mes que dedicaba a la natación, por ejemplo, se hubiese privado de todo alimento! Yo no soy médico, pero, vamos, creo que al cabo de ese tiempo, su obesidad no hubiese apesadumbrado a don Toribio...

Las palabras del doctor fueron una revelación para el banquero. «¡Hay que emocionarse!» Don Toribio agarróse como un náufrago a aquella última tabla de salvación. Y desde aquel día, el potentado vasco fué, como una de esas heroínas de las novelas psicológicas (1), un insaciable, un infatigable buscador de emociones.

II

Don Toribio, después de haber probado inútilmente con la lectura de los folletines, dedicóse a ver los dramas policíacos. Estos le hicieron reír. Luego, con las comedias y los dramas «de los otros», pudo comprobar que, al contrario de lo que él se proponía, engordaba más aún, si posible era. ¡Naturalmente! Don Toribio obtenía, de cada una de estas representaciones,

sueño para una semana. Comer, dormir, reír... ¡Bonito plan para enflaquecer! Acudió luego a las obras cómicas. En algunas sufría y hasta lloraba, pero no hasta el punto de provocar un desglosamiento de carnes.

Un día, el infeliz tuvo una idea luminosa, como jamás la ha tenido, ni podrá tenerla, ningún otro banquero. Don Toribio llamó a Pepe, su ayuda de cámara, y le dijo:

—Necesito que me proporciones cuatro o cinco hombres resueltos, decididos a todo, hasta a robar y matar, y que sean de una honradez fuera de toda duda.

Pepe abrió unos ojos tamaño de un anillo... taurino. El banquero le explicó; Pepe comprendió al fin, y se fué...

Una tarde salió don Toribio a pasear por los alrededores de la población. De repente, introdujo una mano en el bolsillo interior de su americana, y extrajo la cartera. «Veinticinco pesetas», murmuró. «No estarán descontentos». Luego, divizando unos arbolillos, añadió: «Allí es. Vamos, que estarán impacientes».

Apenas llegado a aquel lugar, le salieron al paso cuatro sujetos de aspecto por demás extraño. Llevaban un revólver en una mano y el sombrero en la otra. No había duda que eran ladrones, pero unos ladrones muy corteses y respetuosos y hasta, si se me apura un poco, un tanto pusilánimes.

—Buenas tardes—tartamudaron, al par que apuntaban a don Toribio—. Usted perdona, pero nos había dicho Pepe...

Don Toribio rugió indignado:

—¡Estúpidos! ¿Creéis que son modos estos de atracar? ¡Trael—añadió, arrebatando el arma a uno de los asaltantes—. Se hace así (poniendo el revólver sobre el pecho del bandido) y se dice ¡La bolsa o la vida!»

Los bandidos, quizás avergonzados porque un banquero les diese lecciones de bandidaje, se enhiestaron gallardamente. Uno, con voz tonante, exclamó: «¡La bolsa o la vida!» Don Toribio batió las palmas.—¡Bravo! ¡Así se hace!—Y entregó su cartera a los facinerosos.

Esta escena repitióse algunos días, pero al fin, don Toribio, aún reconociendo que las primeras veces le habían emocionado algo, llegó a la conclusión de que no adelgazaba nada.

III

Cierto día, de regreso de una de sus acostumbradas excursiones, llegaba don Toribio a su morada. Iba satisfecho. Aquel mismo trayecto lo había recorrido él otras veces en un término de siete horas. Hoy no había invertido más que tres. Su esposa iba a llevar una agradable sorpresa.

Pausadamente subió el banquero la escalera. Una doncellita quiso anunciarle, pero don Toribio se lo prohibió



Dib. SERNY.—Madrid.

—¡Papá! ¿Puedo leer este libro?

—¡Léelo, hija; y después me dices si lo puedo leer yo!

terminantemente. El buen señor hallóse frente a la estancia de su esposa. Estuvo un momento sonriente frente a la puerta. Al fin, decidióse a entrar.

Un doble grito resonó en la habitación. Impelido, no se sabe por quién, un corsé vino a chocar con la nariz de don Toribio. El banquero venteó la estancia. Su esposa, no muy completamente vestida, exclamaba: —«Mi ¡frasco de sales! ¡Pronto, que me desmayo!» Un caballero, en mangas de camisa, miraba, como hipnotizado, al balcón.

Don Toribio sintió que una oleada de sangre ascendía a su rostro. Insensiblemente, introdujo una mano en un bolsillo de su pantalón. Un magnífico revólver blanco, con incrustaciones de ébano y un puño en el que se leía: «Marca para maridos» fulguraba en su diestra. La esposa dió un grito; el caballero que la acompañaba miró con

más fuerza aún al balcón. Dió un paso. Don Toribio dió otro. Masculló unas palabras, elevó el arma, apuntó y... Y de pronto, vaciló. Arrojó el revólver y con una alegría loca fulgurándole en los ojos, balbució dirigiéndose a los culpables:

—Gracias, mujercita mía... Muchas gracias, caballero... Será usted mi mejor amigo. ¡Aaah! ¡De esta hecha adelgazo lo menos veintiocho kilos!

¡Don Toribio se había emocionado!

Cuatro meses después llegaba el doctor a casa del banquero.

—Pase, pase usted... Hoy no viene Enrique, ni Pedro, ni Antonio, ni Obdulio, ni ninguno de mis mejores amigos... Le he mandado a llamar porque, francamente, doctor... ¡Creo que he adelgazado en demasía!

DIEGO PRADO DEL AGUILA

YO QUIERO UNA NOVIA

He llegado a la edad en que todo el mundo se cree en el deber de preguntarme si tengo novia.

Los amigos me echan esa pregunta en el café de mi merienda; los visitas de casa me lo espetan y, además, llevan su audacia hasta decirme que los hombres deben casarse en seguida, y que lo contrario supone dejar improductiva e impaciente una parte del salafísimo sexo femenino.

Y no, no tengo novia.

Porque no la tengo, me ven mis amigos andar por ahí solo. Si la tuviera, no me verían solo, o, lo que es más probable, no me verían.

No tengo novia, y, sin embargo, hay pocos hombres tan preparados como yo para esa ocupación. Yo aseguro que debajo de esta capa de atontado que tengo cuando estoy delante de gente, soy un chico bastante divertido. Las que han estado a punto de ser mis novias pueden asegurarlo.

Cuando por ahí veo muchachas preciosas del brazo de hombres insignificantes, pienso que esos hombres in-

significantes me las roban, me las están robando a todas horas y se las llevan de paseo, mientras yo ando solo de un lado para otro, sosteniendo mis cavilaciones.

Me sé ya de memoria todas las calles, todos los jardines, todas las plazas, los cines, los teatros, los cafés... Todo Madrid lo he recorrido, y ya siempre que voy a un sitio me pongo melancólico, y pienso que ella deba venir conmigo a todas partes, a esos sitios que casi siempre me acompañan amigos que se muerden las uñas y que saben demasiada Gramática.

Es muy fácil contestar a esto con que, si no tengo novia, es porque no quiero, y que se trata de un objeto que casi todo el mundo posee; es muy fácil decirlo. Los mayores axiomas de la vida se fundamentan así.

Entonces, si yo, que lo estoy deseando, tuviera facilidad de conseguir una novia, ¿por qué no la he conseguido todavía?

Cuando estoy más triste, pienso que nadie me ha de querer nunca, y esto,

créanme ustedes, me pone frenético. Sólo una cosa me salva de este horror, de esta desoladora tristeza, y es el afeitarme. Cuando me paso una *Gillette* por las mejillas, me voy sintiendo capaz de todo. Estoy seguro de que, si me decidiera a salir a la calle con las mejillas enjabonadas, encontraría una novia en seguida: me decidiría a abrirle el doble fondo de mi corazón, que está lleno de cosas luminosas y multicolores, como las piezas de un kaleidoscopio. ¿Puedo decir que mi corazón es un kaleidoscopio?

Pero salgo a la calle y, en cuanto miro a una, me pongo tan serio, casi tan triste, que mis miradas la hacen el mismo efecto que las de algún tío suyo que haya enviudado recientemente.

Realmente, esto no puede seguir así. Yo no puedo callar por más tiempo. Yo tengo que abrir las compuertas a todo el amor estancado que hay dentro, y que tiene que desbordarse cuanto antes. Yo no quiero, como otros compañeros lo han hecho aquí, pedir con maneras encubiertas una admiradora. Yo quiero, sencilla, rotundamente: YO QUIERO UNA NOVIA.

¡Ya lo he soltado! ¡Qué fácil es decirlo uno solo delante del papel; con qué serenidad escribe uno estas frases, que pudieran decidir toda mi vida!

Sin duda, BUEN HUMOR es leído por más de treinta mil mujeres. Hagamos las partes iguales, si ustedes quieren. Diez mil son casadas, y no tienen el menor interés por ser infieles a sus señores maridos. Otras diez mil son viejas, solteronas, catequistas, profesoras de piano, vendedoras de décimos de lotería y de gomas para los paraguas, visitas de casa, porteras, concejalas, lectoras de Campoamor, miopes, bizcas, de tacones torcidos, poetisas...

Quedan diez mil. Pongamos que la mitad son feas, aunque jóvenes, que es mucho poner. Pongamos que tres mil son bastante aceptables. De todos modos, quedan dos mil francamente bien: guapas, jóvenes, simpáticas, inteligentes...

Para que no digan ustedes, voy a transigir con que tres terceras partes tienen novio. Yo no soy capaz de exigirles que riñan con ellos por esto solamente. A mí me basta con las quinientas que, las cuentas claras, me quedan libres de todo riesgo.

Estas quinientas señoritas pueden escribirme sus pretensiones al apartado 12.142. Prometo elegir con toda seriedad y reservarme el fallo hasta haber comprobado con unos días de relaciones las hermosas prendas que les haga dignas...

José LÓPEZ RUBIO

Tengo impresas mis señas personales y un retrato, un poco favorecido, naturalmente, que envío sin gasto alguno por parte de las peticionarias.



Dib. PADILLA.—Madrid.

—Señorito, tome este prospecto, que le interesa.
—Ahora no puedo, llévemelo luego a casa.



NO
PARIS

Dib. Tono.—París.

—No sabía que Gastón tuviera rentas. Yo creí que no era más que aviador.
—Vamos, sí. Tú creías que vivía del aire...

SE NECESITA PRINCESA

El consejero del rey Rubí II que más confianza tenía con S. M., meneó en círculo la taza de sabroso orégano que le habían servido después del real almuerzo, sorbió lo poquito que le quedaba, recogiendo con tal movimiento lo que se posara del azúcar, y dirigiéndose al príncipe heredero dijo:

—Alteza: yo bien quisiera que, para tratar precisamente de vos, nos dejárais un instante en soledad, con el humo de nuestros tabacos, a vuestro señor padre y a mí.

El niño grandón no comprendió demasiado. Se quedó sonriendo, con una sonrisa de baba. Y únicamente se levantó de su silla cuando el rey, poniéndose de pie y señalando con el brazo rígido la puerta, exclamó:

—¡Marcha!...

Y únicamente rompió marcha cuando Su Majestad, amenazador, se echó mano a la hebilla del cinturón, levantando las túnicas de terciopelo rojo, como para desabrocharse y pegar.

Don Cepillo, el consejero, suavizó el ambiente con esta frase:

—Es manso como un cordero—y añadió para comenzar el asunto que traía—: pero zángano, es un rato largo, ¿eh? Por este motivo, puesto que Su Alteza ha terminado el bachillerato ya hace tiempo, y no lleva camino de terminar más cosas, pienso, señor, si casarle no sería sacudir ese cuerpacho, inútil como un duro de plomo.

—No está mal pensado. Se lo consultaremos, para que no se ponga luego bruto. ¡Camarero! Diga a Su Alteza que vuelva a entrar.

El príncipe Espadín apareció de nuevo; y el rey, que la había tomado con él, gritó:

—¡Cierra esa puerta, estúpido! Siempre haces lo mismo... —Transición—. Veamos, hijo mío; se trata de casarte.

El príncipe palmoteó como un niño, brincando levemente.

—¿Con quién quieres hacerlo?—le dijeron.

—¡Ah!, pues con la que me guste. Yo quiero que hagáis como se hace siempre en estos casos. Lo habréis leído muchas veces. Que salgan heraldos

por toda la nación y por todas las naciones vecinas, invitando a que vengan las damitas que quieran casarse conmigo.

—Sí, no está mal; es un procedimiento. En efecto, yo lo he leído diversas veces, y sé que aun se hace así en islas y estados más o menos vecinos. En ocasiones (y esto lo digo para que se vea lo frecuente que resulta), llegan hasta mi secretaría circulares con sello de cuarto de céntimo, firmadas por príncipes que quieren casarse—comentó don Cepillo.

—Pues tú mismo—le dijo el rey—llevarás a cabo la convocatoria. Puedes enviar circulares, pero no me pierdas el espectáculo de los heraldos. Pediremos los trajes a las mejores sastrerías de teatro, diciendo que son para una funcioncita de aficionados, ¿no te parece?

—¡Admirable, señor!

Circulares, heraldos, trompetas, polícromos, programas de festejos, cohetes con lluvia de oro, sobreprecio en las posadas...

Aglomeraciones en los días anteriores, corridas de búfalos de lidia, sortijas baratas de rifa, pendientes de feria, *la mujer gorda*, algarada...

Diligencias abarrotadas que en la parada se desangran hasta por las ventanillas, literas con cuatro asientos de techo—dos piernas colgando por cada frente—, mendigos que de uno a uno llegan a la ciudad por las calzadas...

Formación en la plaza del palacio: arcabuceros, guardias municipales, carabineros, chusma, gentío, brujas curiosas que se saltan los ojos con las bayonetas del muro de soldados...

¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! Las doce menos cuarto. Gran inquietud.

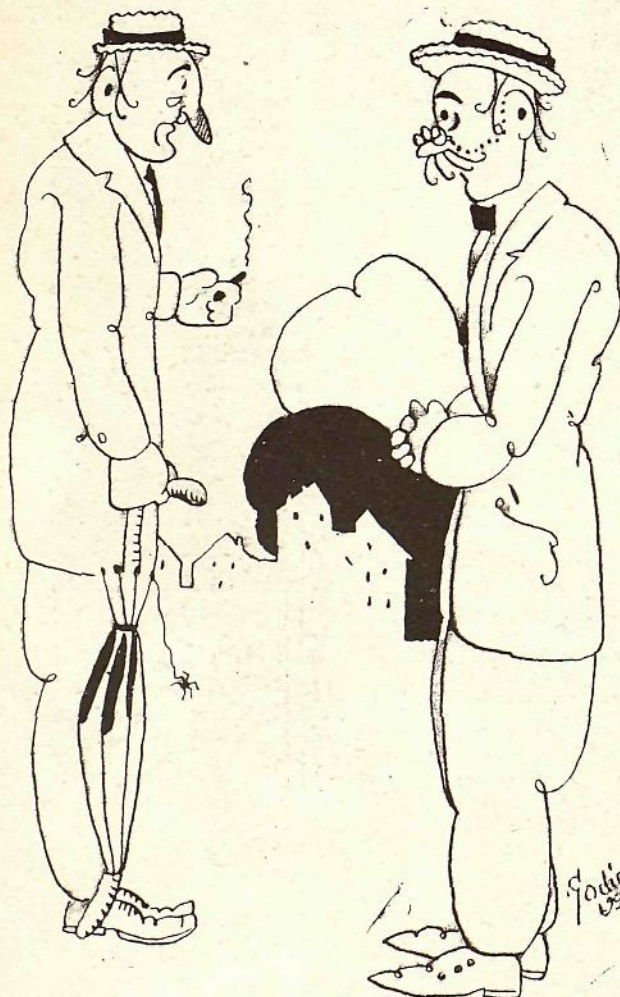
¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!... ¡Las doce! Mucha más inquietud... Pero nadie rompe las filas para entrar en Palacio; ninguna damita aún... Y es la hora convenida...

¡Tan! Las doce y cuarto... Revuelo. Por allí parece abrirse paso a una mujer. Maravillosa expectación. El tabique de gente vacila, se agrieta, culebrea... Surge, al fin, la lechera.

—Es la lechera de Palacio—dicen—; y pasa a la puerta con ruido de asas, deja dos o tres cacharros, hasta salir en seguida...

Y el príncipe Espadín, escondido detrás de un visillo del salón del trono, la ve alejarse luego, lleno de celos...

ANTONIO ROBLES



Dib. GODÍNEZ
Madrid.

—¡Con decirle
que desde que nos
visitó Marconi, mi
mujer se empeña
en zurzir los cal-
cetines sin hilo!

RAMONISMO

El hombre que no podía dar cuerda al reloj

Bustamante era, desde luego, un joven que es viejo, o, mejor dicho, un joven maduro y entrecano, que resulta muy viejo.

Solterón, parecía en vida de su padre más bien el padre que el hijo, aunque había tardes que el padre resultaba el hijo del padre de su hijo, equiparándose las dos figuras. En fin, un lío.

Bustamante se quedó, a la muerte de su padre, rico, con unos salones interminables, en que él se sentía su propio ayuda de cámara, siempre en el dintel de las habitaciones. De todos modos, pesaba mucho sobre él la obligación de mantener bien alimentados y vivos todos los veinticuatro loros de su padre. A cada loro que se muriese perdería la parte alcuota de la fortuna que correspondía a cada loro, según la división en veinticinco partes que había hecho de ella, considerando sólo como a un loro más a su hijito.

Bustamante, por no perder la fortuna, había sustituido varias veces algún loro fallecido por otro igual, pues para caso de fallecimiento subitáneo tenía amaestrados de la misma manera y lanzando los mismos «¡Cáspita!» de su padre loros muy parecidos. Como el capital que dejaba de servir al sosteni-

quién. De vez en cuando, y por saltos, volvía a la vida, y se encontraba con horas inesperadas. ¿Cómo eran las ocho de la noche, si él, desde las tres



y media de la tarde, había estado lejano y no sabía dónde?

Con esta psicología de Bustamante, bien se comprenderá la tragedia que consumió su vida.

Bustamante tenía un reloj de caja en su despacho, un reloj que era como el mentor o tutor que le había dejado su padre. Aun suponiendo que hubiese tenido que vender todas las cosas de la casa, siempre se hubiera quedado con ese reloj, que parecía esconderse en un rincón o esperar a que le perdonasen un castigo antiguo.

Bustamante le daba cuerda el lunes de cada semana, según tradición; pero un lunes sucedió que no pudo darle cuerda, porque llegó a dársela cuando el minuterio y el horario guardaban los agujeros de la cuerda de las horas y de la cuerda de la música de las horas. «Ya se la daré más tarde», se dijo; y unas horas más tarde se volvió a acordar, pero volvió a encontrar las manillas en otra hora de las que coinciden, y se volvió a aconsejar otra espera. Pero de nuevo sucedió que, cuando se acordó, las manillas cubrían los dos ojos lucientes y escabrosos de la cuerda.

De naturaleza distraída y disecada, de temperamento visionario y de psicopatía desdeñosa de la meticulosidad, siempre que volvía a acordarse de dar

cuerda al reloj se acordaba cuando volvía a estar la cuerda en eclipse mayor.

Pudo estar en acecho esperando que el reloj pasase de la hora coincidente, que sólo la casualidad le preparaba con tanta saña; pero su amor propio le prohibió aquella solución. No quería guardar antesala a un reloj tan mal intencionado como aquel. O lo encontraría propicio, o no le daría cuerda nunca.

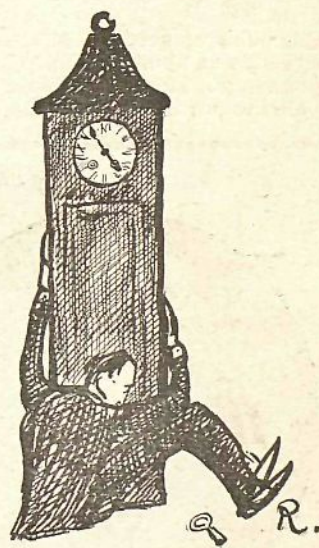
Por sostener más tiempo su burla el reloj, a veces se dejaba dar cuerda; pero en seguida volvía a las andadas, y a lo más, se quedaba mogón de uno solo de los ojos de la cuerda, cosa que no le complacía a Bustamante, porque o daba cuerda completa al reloj, o renunciaba a que le quedase la segunda preocupación y la campana comenzase a dar una hora coja.

La temporada de la casualidad desdichada duró tanto que, indignado, sombrío, obseso, la última vez que pilló al reloj en postura a propósito y con los ojos abiertos, se tiró a él como quien se los quiere sacar, y traspuso tanto la elasticidad de la cuerda en su violencia, que hizo saltar la doble espiral de la vida del reloj, que éste se que-



miento de los loros debía pasar a diferentes congregaciones, éstas destacaban algún revisor de los loros.

Bustamante no había tenido graves tragedias en la vida. Estaba siempre enajenado por ideas ausentes, es decir, ideas de otros, ideas de no sabía



dó muerto como un judío, a los cuales, como se sabe, era tradicional enterrarlos de pie.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

EL CUENTO PARA LAS MADRES

Del mismo modo que he procurado atraerme un público de señoritas, escribiendo un cuento para ellas, hoy voy a procurar el bienestar a las madres de niños pequeños, escribiendo algo que conmueva su amantísimo corazón.

CHIPILÍN

El niño había sido depositado en la puerta de la iglesia; la mano criminal había escogido la noche más cruda del invierno. Eran las doce y sólo se oía, lejano, el ruido de automóviles y tranvías que atronaban el centro de la ciudad.

El niño, un angelito de pocos meses, se despertó a causa del frío. Apenas balbuceaba la inocente criatura, y, sin embargo, su primera palabra fue para llamar a su padre. ¡Papá!, ¡papá!, gritó el infeliz niño; pero estaba sólo, abandonado, medio muerto de frío...

(Llorad un momento, luego seguiremos.)

Entonces el niño comenzó un llanto pertinaz, que denotaba un conspicuo entrenamiento.

¿Cuántas horas hubiera estado llorando la infeliz criatura, si el sereno no hubiese acertado a pasar por allí? No lo sabemos, quizás cinco, quizás seis, tal vez más.

El sereno, al oír el llanto armonioso, creyó en un fenómeno acústico. «¡Pontevendra!» exclamó. «El gaitero!» Mas cuando se acercó al quicio de la puerta y vio al angelito, comprendió su error.

¿Qué hubiera sucedido, si el sereno hubiera sido un hombre cruel? Quizás, disgustado por su error, hubiese arrojado al niño por una alcantarilla. Pero

no; el sereno era un hombre bueno; y digámoslo todo: ¡también era padre!...

(Séque los ojos, señora.)

El hombre del farol cogió con sus nervudas manos al niño abandonado que, al verle cesó en su llanto, y agitando sus manitas gordazuelas en el aire, tuvo otra palabra: ¡Papá!...

Pero el niño se había equivocado; el sereno no era su papá, el sereno no conocía ni de vista a la madre del niño abandonado.

El buen hombre, decidido a salvar a la criatura, se lo entregó al sereno de la calle inmediata, para que éste, a su vez, se lo pasase al otro compañero, y llegar así a dar con el niño en la comisaría.

El angelito, en cuanto se vio en brazos del otro sereno, tuvo una palabra: ¡Papá!, y con esa divina denominación, divina, sí, puesto que salía de labios de un niño, fue reconociendo a todos los serenos por cuyos brazos fue pasando.

Nada ha de extrañarnos estas equivocaciones, en una criaturita de tan poca edad.

Cuando el niño llegó a la comisaría, eran ya las altas horas de la madrugada.

El comisario, no bien despierto, gruñó al verle, dirigiéndose a todos los agentes que le rodeaban:

—¡A ver!, ¿quién ha traído esto?

Y como le explicasen el caso, cogió la criatura entre sus manos, que, al verle, gritó gozosamente: ¡Papá!

Sólo con ver la manera con que el comisario sostenía al niño, se comprendía que ese hombre tenía instintos crueles y no le gustaban los niños.

¡Ya tendrá su castigo en el otro mundo!

El comisario cruel tenía entre sus brazos al infeliz angelito, cabeza abajo...

—¿Y qué hago con esto?—dijo con voz dura.

Y como le indicasen la conveniencia de volverlo hacia arriba, lo hizo con muy malos modos.

Los agentes, la mayoría padres amantísimos, lloraban en silencio, y el niño, quizás por el terror, comenzó a gotear mansamente, hasta inundar la mesa y los papeles del comisario.

Al darse cuenta este hombre desalmado del hecho, soltó el niño, que fue a caer al brasero...

¡Pobre niño! Por fortuna para él, un agente cercano lo extrajo, cuando aún sólo se había chamuscado un poco.

El llanto del angelito fue algo imponente.

—Que se lo lleven—rugió el infame comisario.

Y el niño fue trasladado a una pieza contigua donde había una mujer, esposa de un agente, y madre también, que ofreció ocuparse de la criatura.

El niño, al ver a la mujer, tuvo una sonrisa y un grito: ¡Papá!

Decididamente, el niño estaba aquella noche muy desacerado, cosa no de extrañar, dada su indudable poca costumbre de trasnochar.

La mujer fue desvistiendo a la criatura que, esta vez no se sabe por qué, lloraba estruendosamente. Fue poniendo los pañales a secar. Unos pañales de linón con un entredós, un canesú, una puntilla, todo de muy buen gusto.

Entre las ropas del niño se encontró un papel que decía: «Me llamo Chipilín».

La noticia corrió por todo el edificio oficial, y todos los agentes pasaron a la habitación para ver al niño, que tenía un nombre tan original.

«Chipilín» los fue saludando a todos, y para todos tuvo un ¡papá! de reconocimiento.

Y ahora, hagámonos esta pregunta: ¿Qué hubiera sucedido si no se hubiese encontrado a los padres del niño?

Pues que probablemente hubiera tenido que ser recluso en la Inclusa, o, quizás, que la mujer que lo cuidó en la comisaría, madre al fin, lo hubiera recogido como un hijo más.

Pero, no; a los dos días, se presentó a reclamar la criatura su verdadero papá, y contó cómo todo ello había sido una broma que le había gastado a su esposa.

Todos los agentes, convencidos ya y contentos del final, felicitaron al papá, no sólo por su ingenio, sino por ser el padre de un niño tan delicioso como «Chipilín».

EDGAR NEVILLE



Dib. CARACACUL.
Madrid.

—Mi mujer me engaña.
—¿Pero qué me dices?
—Me engaña, sí; esta mañana, al almorzar, me dijo que me daba filetes de ternera y debían ser de burro

PARA EL SEÑOR H. M. V.

LOS SUPUESTOS CONTRADICTORIOS

Un lector, cuyos nombres y apellidos corresponden a las iniciales H. M. V., me ruega — porque hay gente para todo — que le diga cómo debe arreglárselas para escribir en cómico y para que el público se ría al leer lo escrito.

La petición es un poco redundante. Un poco redundante y un poco absurda, porque eso que me interroga don H. M. V. podía interrogárselo a cualquier príncipe de la gracia escénica, de la que es rey mi suculento tocayo García Álvarez. Es decir; que podía pedirle el consejo a un autor cómico «de los que no fallan», pero no a mí, que fallo más que el revólver de un guardia municipal. Claro, que si don H. M. V. se lo pregunta a uno de esos caballeros, se habría quedado con el apetito de saberlo y, por el contrario, yo le voy a contestar lo mejor que pueda. Porque a mí un lector me pide que baile, y seis segundos después ya le estoy pisando los zapatos a mi pareja. Soy así de servicial y de tanguista.

Lo que usted desea saber, simpático don H. M. V., habría que explicarlo en un tomo de 350 páginas de dos dedos de grueso; es decir: de tres dedos, porque no me acordaba de incluir el índice. Pero para darle una buena contestación, porque una mala contestación no se la doy a nadie, llevaré la cuestión a un término general.

A saber: *la gracia brota siempre de dos supuestos contradictorios*. Hay quien no sabe esto y tiene gracia; y hay quien lo sabe y tiene menos gracia que un duro por el reverso; porque «la gracia» del duro está en el anverso. Y, sobre todo, la gracia del duro está en que nos pertenezca.

La gracia es una y única, llámese ingenio, humorismo, «ángel», «buena sombra», comicidad, etc. Y, como he dicho, brota *siempre* de dos supuestos contradictorios que abarcan todo lo cómico: desde las escenas de Aristófanes hasta las películas de Charlot o Pamplinas, pasando por las páginas de Quevedo. Los dos supuestos contradictorios tienen que cumplirse fatalmente para que el lector o el espectador se ría. Y la gracia de quien ignora lo de los supuestos, está sujeta a los supuestos contradictorios también. Es como el salvaje, que siente hambre sin saber que ésta reside en el estómago y sin conocer las condiciones de ese órgano.

Cojamos una frase muy cómica, al azar, y quedará demostrado. Por ejemplo: en la comedia del nombrado y maravilloso García Álvarez y de Antonio Casero, titulada *Las cacatúas*, fué una ovación inenarrable el siguiente chiste que copio.

Habla el empleado de una Vicaría de

las pocas propinas que se recaudan y dice: «A mí, el otro día, un sujeto, después de marearme dos horas para buscar un expediente, al despedirse, me dijo: «Tome usted, para un café». y me dió dos terrones de azúcar.»

Los dos supuestos contradictorios se cumplen como los años de edad. Veamos; primer supuesto es la frase: «Tome usted, para un café»; el segundo supuesto es: «Y me dió dos terrones de azúcar.» El primer supuesto encierra la idea de que a uno le van a dar un dinero destinado a tomar café, y esto es lo que se apodera de la mente del que escucha o del que lee. La cosa es perfectamente lógica; el dar dinero para tomar café, es un hecho posible y natural. Y el espectador lo oye sin que nada se conmueva en su interior.

Pero entonces, ¡paf! viene el otro supuesto. Este segundo encierra la idea de que en el café se echan terrones de azúcar, o que los terrones de azúcar sirven también para el café. Lógico, natural también. Pero el que un individuo le de a otro dos terrones de azúcar en lugar de dinero, se contradice. Es decir: los dos supuestos son contradictorios. La idea de los terrones choca con la idea del dinero y surge la risa.

¿Quién no se ha reído involuntariamente, al ver a un señor muy serio que va por una calle y da un resbalón y se pega un trastazo? Todos nos hemos reído. Porque se cumplen los dos su-

puestos antes dichos. Primer supuesto: el caballero anda perfectamente y en el cerebro de quien lo ve, nace la idea de que aquel señor va a seguir andando. Pero llega el segundo supuesto, que contradice al primero: el señor se cae. Chocan las dos ideas y estalla la risa.

Y así hasta lo infinito.

La gracia del humorismo se apoya en las mismas bases, solo que más alambicadas, más artificiales, más ocultas, a pesar de que ostenta una apariencia de sencillez y de claridad.

Y cuando Charlot en cierta película entra en un tranvía por la plataforma posterior y se cae por la plataforma anterior, empujado por el público numeroso, el espectador ríe sin tasa; sin tasa y sin saber la existencia de los dos supuestos: primero, que se quede en el tranvía; segundo, que lo echen de allí.

Podría estar hablando de esto hasta que vuelva Mac Donald al Poder, querido don H. M. V., pero no puedo derrochar mi tiempo. Si usted quiere, le escribiré un tomo, siempre que me pague a cinco pesetas la cuartilla.

Para contestar a una pregunta, basta con estas tres. ¡Ah! Si la gracia no ha nacido con usted, no se moleste en aplicar los supuestos contradictorios, porque no hará reír a nadie.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Dibujo
L. ENCISO
Madrid.



—Oye, mamá. ¿Te acuerdas de aquel hombre que se cayó ayer frente a la puerta y que le diste una copa de coñac?

—Sí; ¿qué le ha ocurrido?

—Pues que hoy se ha vuelto a caer.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXXIII

La nota parisiense del día (y de la noche, porque aquí se está hablando de ello a todas horas, y algunos hablan soñando y no dejan dormir a los vecinos con las voces que dan) es la llegada a esta capital de provincia, de la nueva, aunque no flamante, embaja-

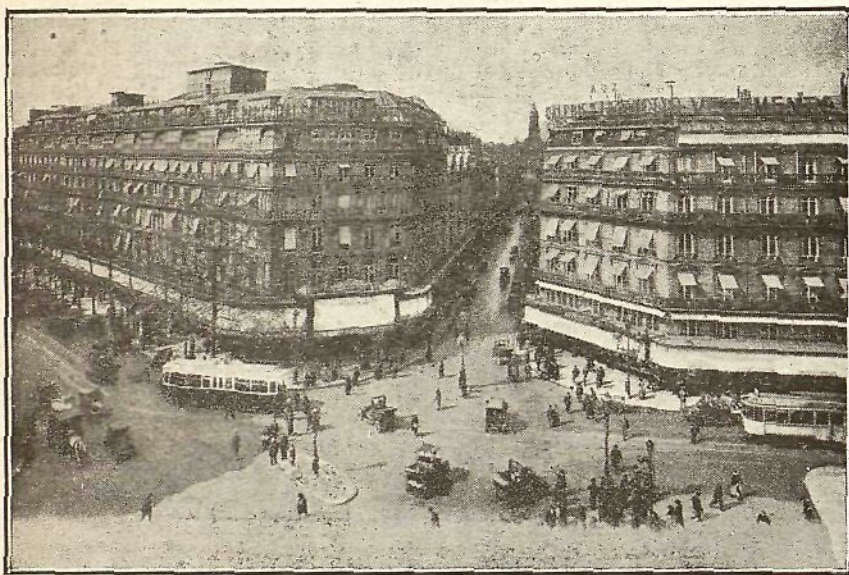
Claro que para nosotros, los nobles y desocupados iberos, el hecho de que en París haya una embajada soviética tiene menos importancia que la muerte por asfixia de una pulga de la *Chelito*, pero los franceses creen por lo visto que la llegada de Krassin a París significa algo para el porvenir de la paz europea; y tanto los soviéticos como

que no se hicieran ilusiones, que aquí todo está muy malo y la comida no es que esté muy mala sino que no está de ninguna manera. Pero, en fin, ellos lo verán (y no lo catarán), a los pocos días de avecindarse en esta voluptuosa metrópoli, y lo más probable es que se vuelvan a Rusia en el primer tren decente que pase por delante de sus narices.

Lo que en París ha producido más alarma no es el hecho de que lleguen los representantes bolcheviques, sino las siniestras cataduras que se traen los primeros gachós que han llegado. Yo, que he visto a algunos, reconozco que hay motivo para alarmarse, sí, señores. Un bolchevique es una cosa muy seria: figúrense ustedes un hombre pálido, con una barba de veinte días, con las botas llenas de barro (esto de las botas llenas de barro lo pusieron de moda Trotsky y Kamenef, y va para largo el que los notables moscovitas llamen a un *limpia* para que se las deje como es debido!), con un libro de Máximo Gorki en el bolsillo, con un paraguas de algodón, familiar, o familiar de algodón, con una pipa también familiar, y hablando en ruso por añadidura, que es un idioma que, aunque lo habla mucha gente, lo entiende muy poca y además tiene un acento fúnebre y cavernoso que le mete a uno el resuello en el cuerpo aunque no hagan más que darle los buenos días o preguntarle por un café donde se esté cómodo y los camareros fien.

Comprenderán ustedes que esa amalgama de la palidez, la barba larga, las botas enlodadas, el libro de Gorki, el paraguas, la pipa y las entrecortadas frases esclavas, basta para que un parisiense se preocupe, porque un hombre con todas esas cosas reunidas lo más probable es que sea un monstruo de liviandad y que abrigue propósitos nefandos y designios aterradores, si no abriga algo peor, pues es indiscutible que un ruso tiene que abrigar algo o la lógica no se ha inventado para nada.

Insisto, no obstante, en tranquilizar a los alarmados vecinos de París. No creo que estos bolcheviques que han mandado de Rusia (que supongo que serán de los de la mejor clase y más duración que haya) vengan aquí a comerse los niños crudos. De todas maneras, si se los comen será por culpa de los parisienses, que no les habrán facilitado los necesarios platos, condimentados en forma, para que reparen sus fuerzas, porque debemos insistir en que el problema del bolchevismo es un problema de *menu* y que después de



LA «CHAUSÉE-D'ANTIN»

¿Véis esa calle larga y algo estrecha con casas a la izquierda y la derecha y con la torre de una iglesia al fin? Pues es la rue de la Chausée-d'Antin!

da que esa estupidez llamada el Soviet ruso ha decidido enviar a Francia, no sabemos para qué, aunque estamos dispuestos a jurar por la mala memoria de Raspulin que seguramente no será para nada práctico, ni útil, ni bonito, ni barato.

Los parisienses, que son mucho más noveleros que Don Vicente Blasco Ibáñez, han armado y están armando alrededor de este sencillo asunto una de líos y de chismes, que pone usted a mil porteras, a doscientos ex ministros españoles y a catorce mamás de cupletistas ídem hablando mes y medio por los codos, y no llegan a propalar ni la mitad de infundios que los que se están largando aquí con ocasión de este fausto (y algo Mefistófeles) suceso político.

los antibolchevíticos como los *a mi prim-íticos* (que también aquí los hay, y viva su madre que les hizo nacer tan tranquilos) están algo preocupados por lo que pueda pasar con la entrada en Lutecia de ese virus revolucionario que tantas víctimas y tantos cierres de restaurantes y apagamientos de cocinas ha producido en la infeliz Moscú.

Yo, que soy mucho más listo que todos los habitantes de París (y perdónese la inmodestia, porque sería criminal que dijera lo contrario, siendo mentira) puedo asegurar que no va a pasar absolutamente nada. Krassin y su séquito no vienen a París a hacer ninguna revolución sino a ver si pueden comer un poco mejor que en Moscou, cosa que dudo y que, si me hubiesen consultado a mí, les habría dicho

comerse dos pollos y un kilo de judías no hay socio que haga una revolución. La revolución, en el peor de los casos, la harán las judías y los pollos; una cosa así como mucho ruido y pocas nueces, pero de escasa transcendencia social.

Convénzanse los franceses y Herriot: Krassin no viene aquí a defender el sistema soviético ni a hacer propaganda disolvente y perturbadora. Krassin viene aquí a comer bien.

¡Qué desengaño se va a llevar!

Esto ya lo he dicho antes, pero perdónenme que lo repita.

Que es lo que no va a poder hacer Krassin: repetir.

LXXXIV

El miedo de los parisienses ha dado lugar a varias confusiones lamentables y a varios infundios así de gordos, como elocuentemente he dicho al principio de esta crónica.

Uno de ellos es la aseveración de que hay duendes en el edificio de la embajada, y que en cuanto se hace de noche se encienden todas las luces como por encanto y se oyen sordos rumores y ruido de cadenas y besos fríos y estrépito de puertas, hasta tal extremo, que la vecindad no puede pegar un ojo.

No han calculado los señores que han hecho correr esta especie, que las luces es de noche precisamente cuando se tienen que encender, y que en el edificio bolchevique hay que hacer ruido, porque es preciso alfombrar los pisos, colgar varios tapices y colocar algunos retratos de Lenine y de su señora, todo lo cual obliga a menudear los martillazos, cosa que hacemos los bolcheviques y los conservadores y hasta los jaimistas, cuando nos tenemos que mudar de casa.

En cuanto a los besos fríos, no creo que sea un abuso de confianza el suponer que entre la dependencia haya algunas doncellas parisienses que se los hayan dejado propinar, con el fin de saber si los rusos son tan revolucionarios en el amor como en la política y si el soviét va tan lejos en la penumbra de un pasillo como en los discursos de Trotsky, que preconizan que los bienes privados deben llegar a las manos del pueblo por el camino más rápido y sin andarse con trámites ni tonterías.

Lo malo es que los propios bolcheviques de la embajada se han asustado también de los ruidos que ellos mismos arman, y al enterarse de los comentarios de los vecinos, han empezado a ver enemigos ocultos y misteriosos, y todo ello ha dado lugar a la siguiente película: ruido de martillazos y de muebles que se arrastran, sobrecojimiento de los bolcheviques y cojimiento de un revólver por cada uno, para registrar la casa y matar completamente al extraño que encuentran en

ella; al empuñar el revólver, cesación completa de los ruidos, como es natural y diáfano, porque ya no hay nadie que los haga; registrase, sin embargo, todo el inmueble, y no aparece nadie; pero como en las inmediaciones del diplomático palacio hay una infinidad de curiosos, también bastante sobrecogidos, el hecho de ver a cuarenta hombres barbudos con cuarenta pistolones recorriendo salas, gabinetes y corredores, aumenta el espanto de la muchedumbre que cree ya que el principio de la catástrofe revolucionaria se va a anunciar con una ensalada de tiros, y que aquella misma noche va a tener lugar el reparto social, en el que a Kras-

Desde luego, lo mejor, empeñarlo en las tres pesetas.

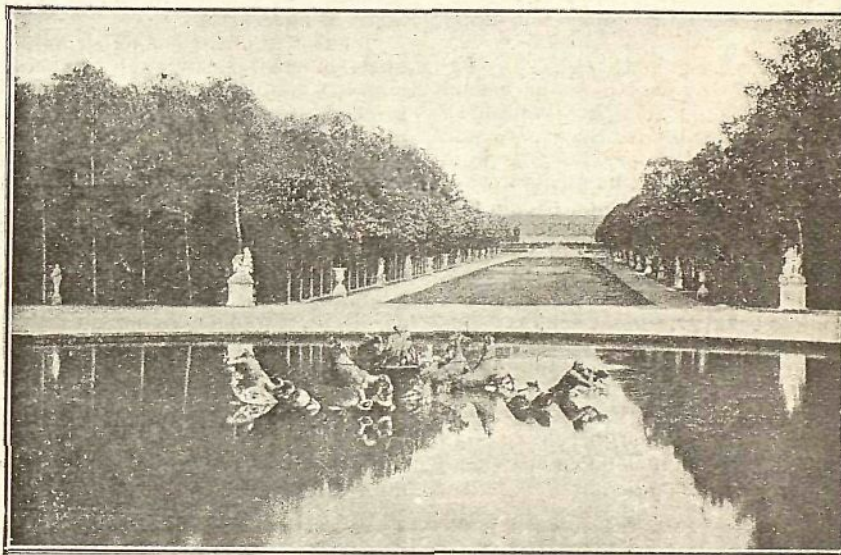
Y todavía se puede hacer algo mejor. Empeñarlo por tres cincuenta.

Más no dan, aunque el revólver sea más bolchevique que Zinovieff, ¡lo digo por dolorosa experiencia!...

LXXXV

Un par de observaciones finales sobre la llegada de los terribles soviéticos a París.

He visto el calzado que usan dos secretarios de la embajada y he sacado



UN ASPECTO DEL PARQUE DE VERSALLES

*Lindo paraje, y no lo digo en guagua,
donde hay algo de arena y algo de agua,
y donde, aunque hoy no ven ustedes gente,
irse a dar un paseo es lo corriente.*

sin le va a corresponder la iglesia de la Magdalena, a una de las suegras de Krassin el teatro *Folies-Bergère* y al chófer de Krassin doce autobuses nuevos, para que se de un verde conduciéndolos y acabe por venderlos en la mitad de su valor.

Yo no puedo hacer más que renunciar a mi parte y recomendar un poco de serenidad a los parisienses.

Y de paso a los bolcheviques, que me han dado un chasco morrocotudo.

Porque yo, ¡la verdad!, creía que eran unos seres terroríficos y atufantes y resultan unos padres de familia, con incrustaciones de Juan Lanás, que el día que vayan a Madrid se la van a ganar.

Porque en Madrid, si se lleva un revólver, hay que hacer algo con él.

¡O dispararlo, o empeñarlo por tres pesetas, pero algo!

una triste consecuencia: que la piel de Rusia es una porquería.

Por lo menos, la piel de Rusia que gastan éstos.

No les van a durar ni cinco días, ya lo verán ustedes.

Y a guisa de última observación, diré que una chica francesa, que me distingue con su aprecio, está muy contenta porque cree que la invasión bolchevique en París va a poner de moda el amor libre.

¡Ignoro lo que esta muchacha entenderá por amor libre, aunque pienso que lo que ella se figura que es ese amor, no se lo va a permitir llevar a cabo ni Herriot ni las autoridades!

¡Bolcheviques, pero algo decorositos, caramba!

ERNESTO POLO

París.—Brasserie Hans.—Diciembre.

La razón de la incultura

El autor de la revista que se ensayaba, Gonzalo Alpuente, se hallaba desesperado ante la escena comprensiva de una de las diez y siete primeras tiple que tomaban parte en la interpretación de su obra. Es decir, que se sospechaba que tomarían parte, cuando se estrenase, porque los ensayos eran para desesperarse.

Esta primera tiple, una de las diez y siete, era una mula completa, hermosa, eso sí, y gracias a poseer tan espléndido don de la Naturaleza, había podido subir al escenario, en vez de quedarse eternamente entregada a la limpieza de escaleras, como su ilustre progenitora, o haber ascendido lo más a la venta callejera de ¡coliflores, qué ricos coliflores! Pero era guapa, eso sí, y su belleza la autorizó para llamarse artista y llamarse nada más para cobrar su lindo sueldo en los teatros y para que los autores se desesperaran cuando le repartían papeles. Ya ha quedado consignado que era una mula, nacida con más suerte que esas otras que se pasan su vida entera enganchadas a un carro de varas.

Gonzalo Alpuente se desesperaba viéndola ensayar, aunque sentía el consuelo de que en la representación, y lujosamente desvestida, el público no pararía mientes en la falta de talento para desempeñar el papel a ella encomendado. Sin embargo, en cuantas ocasiones podía, insistía en sus ensayos y prevenciones.

—Pero, fíjate, alma mía, fíjate en el papel que representas. En este cuadro eres una dogaresa.

—¿Una dogaresa?

—Dogaresa, y como corresponde a tu categoría, has de darle importancia a tu papel.

—Eso de dogaresa ha de ser algo de la familia de los dogas, ¿verdad? ¿Por qué en vez de dogas, no me hace usted galga? Creo que me va mejor de tipo.

—Rosita, no sea usted analfabeta.

Y los ensayos continuaban y la bella tiple mostraba siempre su incultura y su completo desconocimiento de los detalles y de cuanto significase su poquito de ilustración.

Gonzalo Alpuente acudía siempre en queja al empresario que, hombre de mundo y conocedor del corazón humano, aunque sin haber caído en la tentación de escribir una sola línea, destinada al público, contestaba: ¿qué quiere usted, querido? No puede hacerse que vengan académicos de la lengua a representar estas obras hechas a base de exhibiciones, trajes, luz y decorado. Si Rosita es guapa y hace como que canta, nos debemos contentar con eso.

—Pero, caramba, es que no tiene la menor idea de nada. ¿Querrá usted creer que hablándome del cuadro de mi obra que representa la entrada de Carlos V en Yuste, me preguntó si ese Carlos era uno que conoció como bailarín profesional de fox y que en eso creo, porque no le hacía entrar en Maxim?



Dib.
SÁNCHEZ VÁZQUEZ.
Málaga.

MUY VERSALLESICO

—¡Mira, Mariana; ya que no aceptes mi amor, ayúdame siquiera a levantarme!

—¡Admirable, amigo Alpuente, mujeres así son las que hacen falta en los escenarios! Para el Ateneo, las otras, las sabias; pero para aquí, cuanto más bestias, mejor.

La disparidad de criterio entre el autor y la tiple, fué el objeto de las conversaciones y comidillas entre bastidores, mientras duraron los ensayos de la idiotez lfrica-bailable que se había sacado de su cabeza, o de donde fuese, el celebrado autor de revistas a todo trapo y a toda desnudez. Tanto se habló de ello, que hasta a la propia Rosita llegaron los comentarios.

—Ese Alpuente es un majadero que cree en la literatura como medio de alcanzar el éxito.

El tiene sus trucos para arrancar el aplauso y yo los míos para lograrlos. A ver qué pasa, si para cantar el cuplé de la ostra, se le advierte al público que he sido educada en las Ursulinas...

—Es que Alpuente opina que una mijajita de cultura no estaría de más.

—¡Que se cree él eso! Yo estoy autorizada para no saber nada de nada.

—¿Tú?

—¡Indudablemente!

Esta resandunguera contestación llegó a oídos del desesperado autor, que no pudo menos de mostrar su extrañeza.

—¿Autorizada para ser un animal? Dios mío, ¿dónde extenderán esas autorizaciones y en qué clase de papel?

Pasaron los ensayos, llegó la representación de la revista titulada ¡*Agárrase el amigo!* y la tiple tan discutida por el autor y tan vituperada por los juicios de éste, alcanzó su señalado éxito en los diversos papeles que interpretó, poniendo de relieve sus excelentes dotes vocales, y, sobre todo, sus esculturales formas.

Gonzalo Alpuente vió satisfecha su vanidad de autor, pero queriendo mostrarse galante con sus colaboradores los artistas, fué a darles las gracias por su trabajo y así llegó hasta el cuarto de la tiple, una de las diez y siete primeras que habían trabajado en su obra.

—Bravo, Rosita, bravo; has estado superior.

—¿Se me ha notado mi falta de cultura?

¡No se te ha notado nada! Y, a propósito, me contaron una frase tuya, respecto a que tenías autorización para ser... eso, para ser...

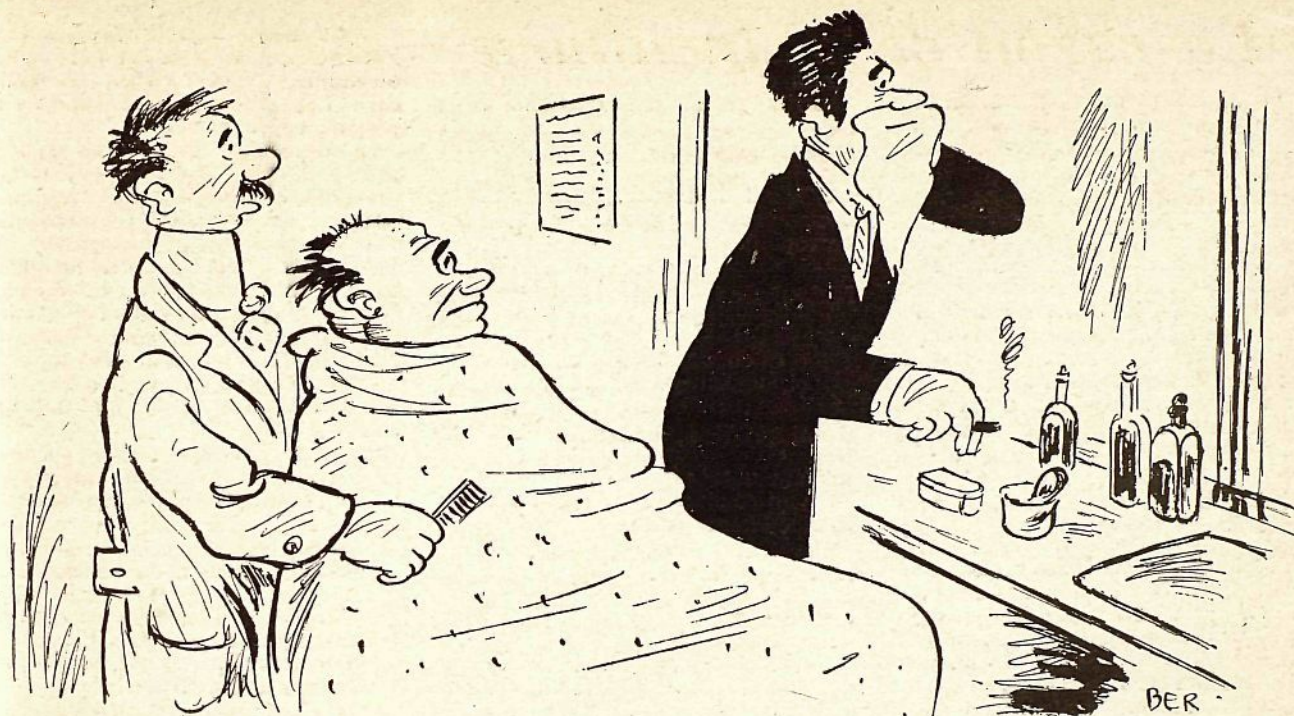
—Sí, una mula, como usted ha dicho.

—No, te juro que yo...

—Es lo mismo; la autorización existe. Vamos a ver, cuando se tiene un par de pantorrillas como estas, ¿no se tiene derecho a ser analfabeta?

El autor tuvo que rendirse a la evidencia. El público había dado de antemano la razón a la bella tiple.

A. R. BONNAT



—¿Cómo desea el señor que le corte el pelo?
—¡Como a ese caballero!

Dib. BERGSTROM.—París.

DIVERSAS MANERAS DE NEGARSE A DAR DINERO

(DOLOROSAS OBSERVACIONES DE UN NECESITADO DE QUE SE LO DEN)

Reverendos lectores y virginales lectoras: háseme ocurrido hace unos minutos elaborar una suposición un tanto aventurada: la de que ustedes, o alguno de ustedes (¡porque todos, me daría mucha lástima, la verdad!) se encuentren apurados de dinero y en trance de tener que pedirselo a alguien, pasando por la vergüenza consiguiente.

No me harán ustedes la ofensa de creer que yo ignoro lo que es pedir dinero a un amigo, conocido, allegado o no allegado todavía; y que por eso compadezco a los que lo tienen que pedir. Por desgracia (y porque no tengo fillas lo que es pedirle dinero a la gente. Lo que ignoro es lo que es recibirlo de la misma, porque está por la primera vez que esto me suceda. Pero, en fin, no son horas de lamentaciones y me voy a ir al grano con más rapidez que el cerato simple, advirtiéndole que me he permitido suponer que sean ustedes los necesitados, para dar más

fuerza a mis argumentos y para que ustedes, siendo protagonistas del drama en lugar de espectadores, se den más clara cuenta de la desconsoladora consecuencia que voy a sacar de este tinglado.

Decíamos y repetimos que nos vamos a tomar la un poco estúpida molestia de suponer que uno de ustedes necesita, pero que con un anhelo y una urgencia loca, la repugnante cantidad de cuarenta duros pongo por ejemplo (que es de la única manera que yo puedo poner doscientas pesetas). Siguiendo el curso de nuestra suposición, vamos a figurarnos que el necesitado de que le soplen esa cantidad se dirige a varias personalidades eminentes y se le pide. ¿Quieren ustedes saber lo que contestaría cada una de esas ilustres personas a la petición del alojamiento de mosca susodicho?

Pues yo que lo sé, se lo voy a decir a ustedes inmediatamente. Y me apuesto algo importante de mi cuerpo, a que no me equivoco ni tanto así.

Don Antonio Maura, contestaría:

¡Ante todo, es preciso definir si la aportación fiduciaria que usted pretende de mí es óbolo magnánimo, presente generoso, pago de servicios o simple prestación personal!... Si es óbolo, rebasa mis posibilidades caritativas; si es presente, obsequio o alboroque, falta mi impulso individual; si es pago, hay falacia en usted, pues no somos, ninguno de ambos, partes contratantes de servicio determinado; y si es préstamo, he de expresar mi horror hacia esas operaciones sórdidas y judaicas, lepra de los pueblos, carcoma del crédito nacional y conmoción telúrica de los fundamentos de la familia... ¡La avara premiosidad con que se conciertan los pactos entre donante y adquirente, el fatalismo propiciatorio del segundo, la incapacidad social del primero, la esterilidad del hecho en sí, el desdén delictivo de la raza que lo contempla, la suicida parsimonia de las leyes que hablan de ser el baluarte de...!

(Y así sucesivamente durante una hora larga, al final de la cual resulta que lo que don Antonio quería decir, y no ha dicho, es que los cuarenta duros los va a dar la esplendorosa Rita, porque él no está por hacer favores a sus años.)

Doña Consuelo Portela, "Chelito", diría:

¡Cuarenta duros! ¿Usted sabe las fatigas que tengo yo que pasar para ganar cuarenta duros?... Además, soy menor de edad y no puedo disponer de un céntimo, sin permiso de mi mamá... Yo, por mi desgracia, no doy dinero ni a las empresas. Vaya usted a los teatros donde acíúo, y se convencerá palpablemente...

El Conde de Romanones, respondería lo que sigue:

¡Me coge usted en muy mala ocasión, querido amigo y correligionario!... *(Para el conde, todos los que le dan los buenos días son correligionarios.)* ¡No sé lo que sucede, pero siempre que me pide alguien dinero me pilla en tan mala ocasión como usted! ¡Otra vez será! *(Esto último es jorjona, porque sabemos que no será nunca.)*

Loreto Prado, diría así:

¿Por qué no se los pide usted a Chicote, que es rico?

Chicote, daría esta contestación:

¿Por qué no se los pide usted a Lore-

to, que no me atrevo a decir que es rico, porque la frase se prestaría a una ligera chunga..., pero que tiene unos ahorrillos y muy buen corazón?...

Don Valeriano Weyler, respondería:

¿Cuarenta duros?... ¡¡Noventa y cuatro veces el valor de todo mi guardarropa!!!... ¡No puedo!

Melquiades Alvarez, contestaría simplemente.

El día que yo gobierne,... si es que llego a gobernar...

Santiago Alba, diría sólo:

¡Coja usted un trabuco y salga usted a un camino! ¡Y no crea usted que es difícil hacer eso!

Y Francos Rodríguez, saldría con este registro:

¡Doscientas pesetas!... Pena me produce no ser yo un Crespo, un Vanderbilt, un Carnegie, un Ford, un Panhard, un Tutankamen, para poder acceder a su modesta petición. ¡Ah, señores, si yo fuera uno de esos, no digo doscientas pesetas... trescientas, cuatrocientas, quinientas, seiscientas, setecientas, ochocientas, novecientas, daría yo con mucho gusto!... ¡Usted es español y para mí el proteger a un compatriota es un inefable e inenarrable deleite, sólo digno de compararse con la emoción que me causa el paso de nuestra bandera y el pasodoble de los solda-

dos que van a la guerra a defender el honor de España y de los que vuelven de la misma y de hacer lo mismo!... ¡Ah, España, las ocho sílabas de tu nombre hacen vibrar mi corazón con vehemencia cardíaca!... ¡No hay más que una España en el mundo, pero qué grande, qué enorme, qué dilatada, qué ancha,... mucho más que Portugal, qué duda cabe!... ¡Alzo mi copa por los españoles, y bebo por esta hermosa lengua castellana, honra y prez de todos los diccionarios españoles y americanos del mundo, lengua en que Isabel la Católica le habló a Boabdil, en que Carlos V le habló a Felipe II, en que a los franceses les increpó Palafox, en que a Cánovas le habló Serrano, y a mí, ¡y lo digo con orgullo!, y a mí, Prim!... *(Continúa hasta la eternidad el desbordamiento de elocuencia.)*

Consecuencia de todo esto:

Dolorosa, algo contundente y bárbaramente concisa.

Los lectores que necesiten esos cuarenta duros se quedarán sin ellos como pretendan que se los presten las personalidades supradichas.

Cosa que no me entristece demasiado porque mis lectores, que son todos unos *hachas*, la tenían ya tragada desde que comenzamos este artículo.

Pero, en fin, de algo habíamos de hablar, dado lo naturalmente charlatanes que somos.

Otra vez nos ocuparemos de cosas más serias.

NÉSTOR O. LOPE



¡UNA COSA ESTUPENDA!



El NÚMERO ALMANAQUE de BUEN HUMOR será
::: el éxito periodístico de 1924, 1925 y 1926 :::

52 PÁGINAS

LOS MEJORES AUTORES CÓMICOS :- LOS MÁS GRACIOSOS DIBUJANTES :- LOS MÚSICOS MÁS ILUSTRES

Aparecerá el 28 de Diciembre. Una peseta en toda España.



Caricatura de SANCHÁ.—Madrid.

EL MAESTRO PABLO LUNA

(Cuya obra, La niebla de Damasco, ha sido recientemente el verdadero asombro de Londres.)

Ayuntamiento de Madrid

INAUDI Y YO

Supongo que a todo el mundo le producirá asombro el genio calculador de Inaudi, pero seguramente a nadie tanto como a mí. Porque yo soy el polo opuesto—o la *pola*, si hemos de hablar con propiedad—a dicho genio; mi incapacidad es casi tan maravillosa como su capacidad.

Si me preguntan de improviso cuántas son 7 y 9, me desconcierto y aturullo; para no calumniarme, diré que generalmente acabo por afinar si me dejan meditar un rato largo.

Los números fueron el martirio de mis años escolares; me plantaban una cuenta en el encerado y yo, bajo la raya

fatal, trazaba unos números mal fachados, y lo que era peor, completamente erróneos. —¡Pero esta criatura es una solemne calamidad!—exclamaba la maestra. La púrpura del rubor invadía mi ignara frente, las otras chicas se reían y yo sufría en silencio. En vano quería desquitarme en la lección de Historia, donde era un hacha, pues hasta de aquellos líos históricos que hacen palidecer a la propia Clio, salía yo tan campante, siempre con mi hilo de Ariadna al través de todos los laberintos. ¡Preguntitas difíciles a mí! Era capaz de contestar cómo se llamaba la cuñada de Sisebuto, en qué tienda compraba los guantes Favila y de qué color prefería las babuchas Abderramán III. Sabía que Píramo y Tisbe eran dos gatos de Richelieu. Pero ¡ay!, que

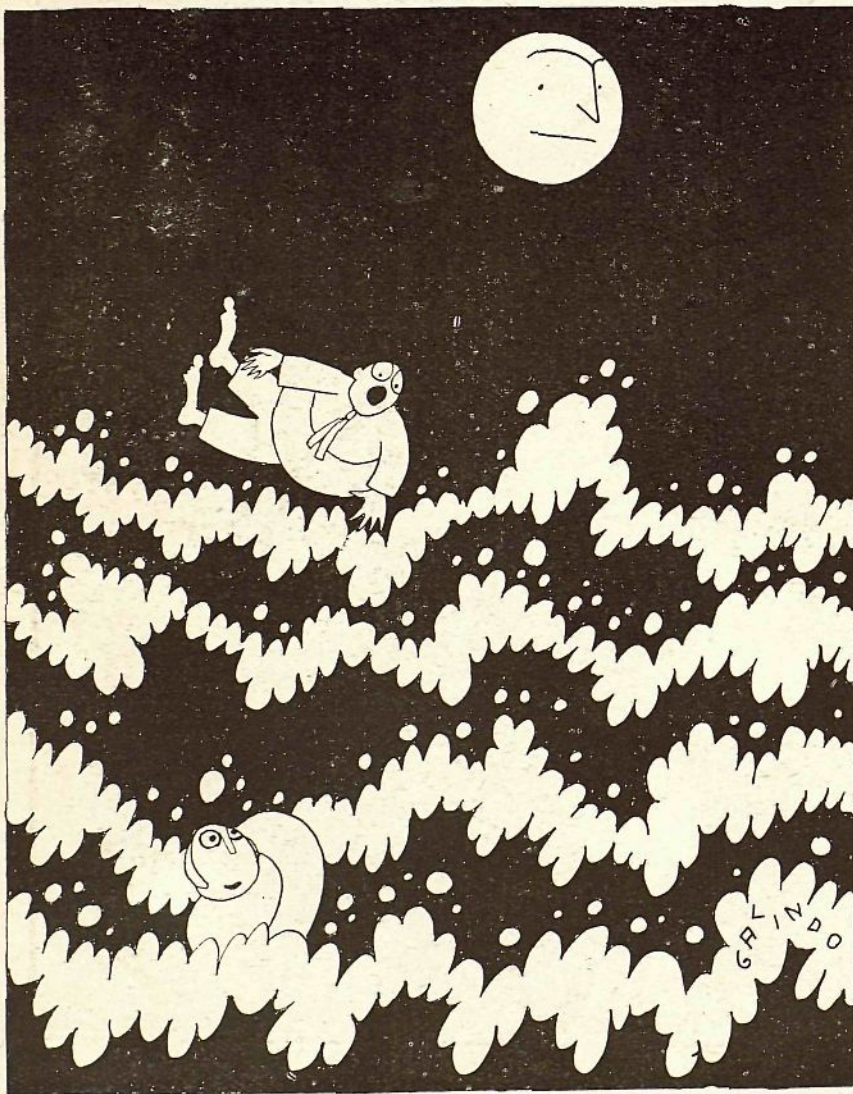
también en ese terreno para mí tan llano y florido, había de tropezar con el maldito escollo de las fechas. Al llegar a ese punto, ya no daba pie con bola. La triste verdad de que este mundo es un valle de lágrimas me fué revelada por los números; quizá a Inaudi le revelaron los mismos las primeras alegrías, como a otros el primer amor; cuestión de temperamentos.

Para dar una idea de mi aversión a las matemáticas, vaya este episodio de mi vida: Yo dibujaba en una casa constructora de muebles en Sevilla. No residía antes allí; fui a dibujar desde una especie de cueva cubierta de nieve que habitaba por aquel entonces casi en los Picos de Gredos; desde esa cueva no se podía uno procurar grandes variedades alimenticias; a veces casi no había nada que comer; la principal distracción consistía en buscar leña para calentarse; algunas noches, los lobos se asomaban; menos mal que en aquella tierra no tienen la costumbre de comerse a las personas. Preguntará el lector, y si no yo se lo digo lo mismo, si no vivía entre criaturas racionales; sí, señor; con mi propia familia, compuesta de animales bastante racionales y cerca de otras familias, más racionales aún, porque como no leían periódicos ni habían asistido nunca a una comedia de Pirandello, tenían la inteligencia mucho más despejada.

En Sevilla residía en casa de los dueños de la fábrica, situada en mitad de un jardín lleno de limoneros y naranjos, y donde únicamente me molestaban las palmeras, que, sin duda, no me gustan a causa de cierto occidentalismo intelectual... Pero no divaguemos. Tenía buen sueldo, coche cuando quería visitar Sevilla y excelente mesa, servida con la relativa corrección que se usa comúnmente por la tierra de María Santísima. Digo relativa, porque unas veces nos servía un mocito jaca-randoso, con su chaquetilla de hilo crudo y un esbozo o rudimento de coleta sobre el occipucio; pues aunque él era un pollo, aspiraba a eclipsar con el tiempo al *Gallo*; y otras veces nos servía una criada sorda como un puchero, bajita y obesa, que no usaba corsé, y para poner la sopera en el centro de la mesa, descansaba las ubres ora en un plato, ora encima del pan, ora sobre las pacientes espaldas de cualquier convidado. A días comíamos en el jardín y de un estanque próximo salían hasta docena y media entre patos y gansos, que se colocaban de *motu proprio* en denso semicírculo a nuestra vera, haciendo *ipau, paul*, con lo que parecían un coro de ópera propiamente; todo esto resultaba encantador para quien salía de una cueva. Así que terminados los dibujos (del catálogo, meditaba en el regreso con la mayor melancolía, cuando me dijeron:

—No se vaya usted.

—Y ¿qué voy a hacer aquí?



DESPUÉS DEL NAUFRAGIO

Dib. GALINDO.—Madrid.

—¿Lo ves? Por algo te decía yo que cogieras el impermeable.

—Números.

Oír esta palabra fatídica y echar a correr hacia mi cuarto a hacer la maleta, todo fué uno.

El tenedor de libros, un señor benévolo con quien yo hacía buenas migas, porque tampoco era andaluz y porque también le molestaban las palmeras, quiso atajarme.

—No se marche, insistió; no importa que sepa usted poco de cuentas; yo

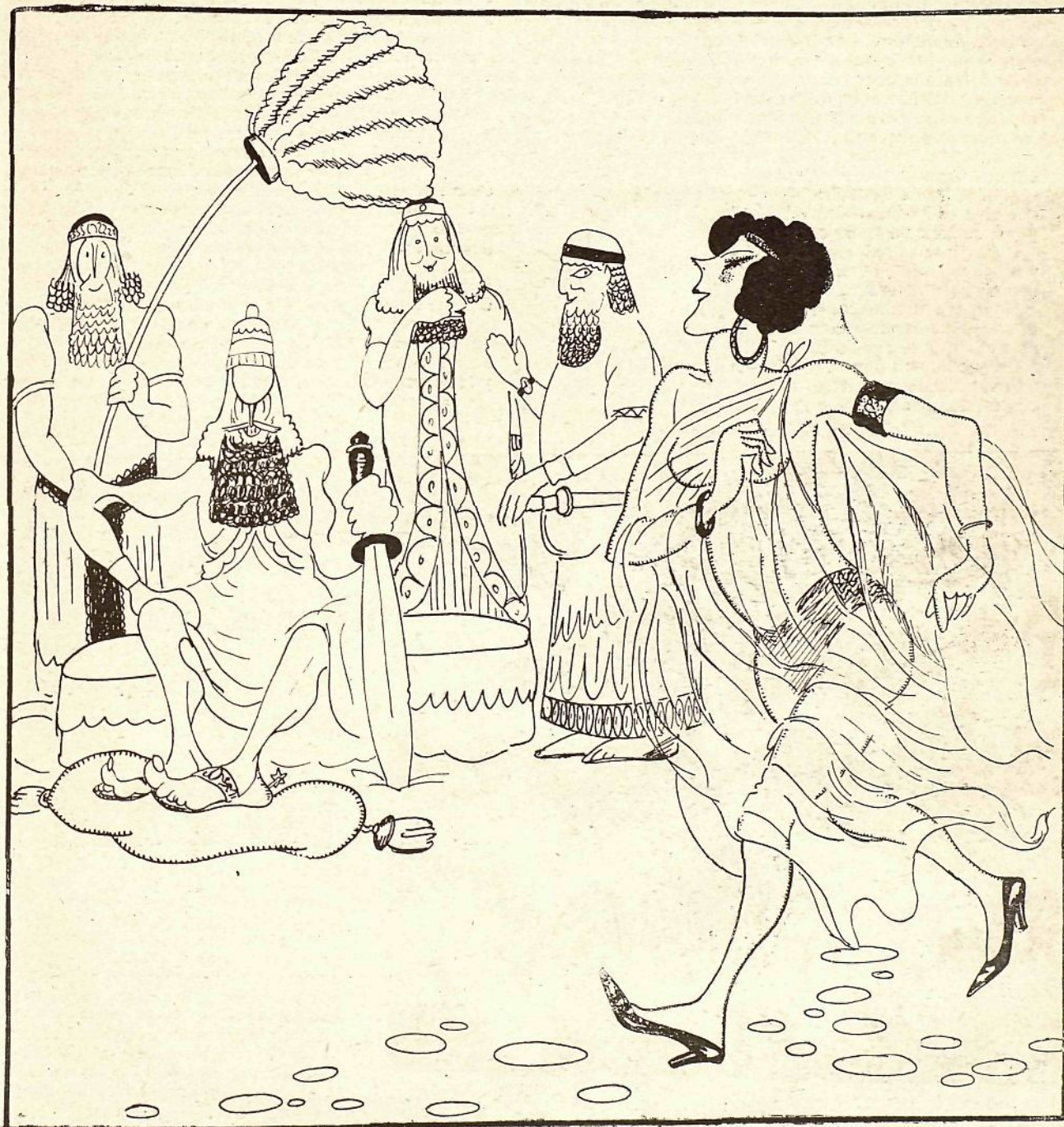
las revisaré hasta que se vaya usted habituando.

Pero yo no me dejé convencer. Aquellas gentes no comprendían que la cueva, la nieve, el hambre, los lobos, no me causan ni la mitad de pavor que los números, esos esclavos de Inaudi y tiranos míos.

Si es cierta la pluralidad de mundos habitados—y debe serlo, o Flammarión es un mentecato—y si por algu-

nos humildes méritos me es dado escoger el que se me antoje, pienso ir a un mundo en donde se desconozcan las matemáticas, o bien donde los problemas numéricos sean tan rudimentarios, tan pobre y fácil cosa, que todavía yo, con la reminiscencia de lo que sé en el actual planeta, resulte una especie de Inaudi entre los indígenas asombrados.

MATILDE RAS



JUDITH Y HOLOFERNES

Dib. SAMA.—Madrid.

HOLOFERNES.—Tengo el presentimiento de que si sigue esta mujer aquí voy a perder la cabeza.

GALERÍA PINTORESCA

PEPE EL TIMADOR

XI

(Epístola satírica y censoria)

*No he de callar, por más que con el dedo,
recogiendo los otros a tu gusto,
me hagas un signo que me importa un bledo.*

*¿Te figuras acaso que me asusto?
¿No ha de haber un espíritu valiente
frente a ti, que presumes de robusto?*

*A un hombre como tú, tan indecente,
que vive de lo ajeno enriquecido,
timando al infeliz que se presente,
y que, al verse de cerca perseguido,
se cuela por el ojo de una aguja,
sin que llegue a encontrar su merecido,
¿qué le habré de decir? ¡Que es un granuja,
que vive en los umbrales del Modelo,
y que se mete en él si se le empuja!*

*Pues yo te empujaré por ladronzuelo,
y hasta tendrás en él un gabinete
con vistas pintorescas a Pozuelo.*

*No tienes ni conciencia que te inquiete
ni miedo a complicarte en un delito
ante el valor mezquino de un billete.*

*Lo que llaman honor, te importa un pito;
y la vergüenza te es desconocida
con tal de ver saciado tu apetito.*

*De sobra sé que quien llevó tu vida,
una vez recluso en el encierro,
dedicará su ociosidad perdida*

*al productivo timo del entierro,
que, como ya es sabido, de allí sale
con la ayuda eficaz de un testafierro.*

*Pero no ha de faltar quien te acorrale
denunciando tus artes y tus mañas,
ni quien, si llega el caso, te señale.*

*¿Es que piensas que todas tus hazañas
pueden quedar sin su sentencia ruda
entre gentes honradas? ¡Pues te engañas!*

*Y sepa quien lo niega y quien lo duda
que es la lengua de Dios la que castiga,
y la lengua de Dios nunca fué muda.*

*No esperes encontrar la mano amiga
que acudiendo, piadosa, con clemencia
calma la pena y el dolor mitiga.*

*Resígnate a tu suerte, ten paciencia,
que en tu pecado mismo, que no es flojo,
llevarás, por tu mal, la penitencia.*

*Si piensas insistir, anda con ojo,
que el que más y el que menos no es un primo
del que burlarte puedes a tu antojo;*

*y como sigas explotando el timo,
confiado en tu audacia y en tu suerte,
no por eso jamás me desanimo,
y te he de perseguir... hasta la muerte.*

FIACRO YRAYZOZ



¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD. ALEGRÍA.
BIENESTAR...

Suprime usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa

E REMATE ¡ESTAS NIÑAS CON MELENA!...

Abrió la puerta una jovencita de cuello almidonado, delantalito blanco en forma de corazón, ojos ligeramente entornados y pelo cortado a cercén y formando maraña, como el de un golfo. Era de busto ágil, levantada cadera y tenía bastante desarrollado eso que, según Mahoma, sirve para nutrición de los niños y para regocijo de los padres.

—Pase usted, caballero.

Di un paso, y de dos puertas que se ofrecían a mi vista elegí, como siempre, la que no era.

—Por aquí, por aquí...

Y la doncellita se volvió de espaldas, iniciando la marcha, y yo la seguí, dejando antes el sombrero colgado de la percha, como espantajo de huerto.

—¿Es usted?

—Señora...—exclamé, haciendo una cortesana reverencia.

—¡Ay, amigo mío!

—¿Y cómo ha sido eso, doña Aciscia? ¡Pobre don Tadeo!

Y al lanzar esta exclamación miré al techo con pena.

—No sé..., no sé... A todos nos ha caído como una bomba—me dijo la señora, acariciando un perrito de esos que rabian del diez al quince de agosto—. Usted conocía a mi marido: hombre ponderado si los hay, cumplidor de su deber, exacto como un acreedor, fino como un agregado y de juicio más claro que el ombligo de un etiope.

—¿Alguna pasión?—argüí yo.

—Nada. No tenía vicios. El billar, si acaso. Cifraba su orgullo en hacer treinta carambolas sin soltar el taco. ¿Los alcoholes? Era abstemio. ¿En la comida? Frugalísimo. Sólo sentía cierta debilidad por las bizcotelas. ¿De mujeres? Mal está que yo lo diga, que soy su mujer propia; pero jamás, jamás, miró a ninguna. Y desde que se han cortado el pelo las tomó rabia. ¡Estas niñas con melena!, decía. ¡Uf! ¡Las odio! Me recuerdan a aquel político que se llamó en vida don Antonio Cánovas del Castillo.

Y agregó la señora para concluir:

Sólo ha tenido una pasión en su vida, ¡una!

—¿Lo ve usted, doña Aciscia?

—Sí, señor. ¡El bicarbonato de sosa químicamente puro! Lo traíamos a casa en barricas de cien kilos.

—Entonces, dona Aciscia, ¿a qué cree usted que obedece la locura fulminante de su esposo?

—El ha leído todo lo que se ha publicado acerca de la Sociedad de Naciones. Una noche se levantó gritando: «¡Los checos pagarán en cheques!»

¡Ah! Ya está, ya está...

—Pero le di unos pediluvios y se aquietó. Lo que le acabó de dar la pun-



Dib. DE DIEGO.—Madrid.

—¡Mira, niño: tú que tienes tan buena memoria... ve y tráeme un coche!...

tilla, y permítame la frase, fué una obra de Pirandello. Todavía parece que lo veo levantarse de la mesa, preguntando: «¿Son entes? ¿Son pasiones?» Y se iba a la cocina, cogía el hacha y se rascaba con ella la espinilla.

—¡Válgame Dios!

—Y a mí me da vergüenza decir que que a mi marido lo ha vuelto loco un italiano. ¡Hubiera preferido que fuera italiana!

—Paciencia, señora Aciscia.

—Dios me la dé, que falta me hace. Hasta última hora no quise convencerme de mi desgracia.

—¿Cómo fué eso?

—Pues una noche cogió una carabina y se fué a rondar las tapias del Retiro. Cuando le detuvieron los guardias, les dijo: «¡Chist, silencio! ¡Aquí hay leones!»

—¡Pobre don Tadeo!

JULIO ROMANO



EL BORRACHO.—Señora, ¿quiere usted hacer el favor de levantarme?

LA SEÑORA.—No puedo.

EL BORRACHO.—Pues entonces, siéntese usted a mi lado y charlaremos.

(De Sidney Bulletin, Sidney, Australia.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

La Torre de Babel

por TRISTÁN BÉRNARD

Cuando el proyecto de una torre, que se llamaría la Torre de Babel, y que, según los términos del acuerdo, habría de «llegar hasta el Cielo», fué sacado a concurso por un ayuntamiento de chiflados, casi todos los contratistas del país se encogieron de hombros y declararon públicamente que se les tomaría por locos rematados si se atrevieran a concurrir a tan extraño llamamiento.

Hubo uno, sin embargo (llamado Matusalén y biznieta del célebre recordman), que, ante el asombro general, presentó sus condiciones, llegando incluso a proponer una cifra razonable: catorce millones de chichtis, equivalentes a cinco millones de francos en la actualidad.

Se habló de impedir tamaño desatino, y la opinión general se tradujo en estas palabras: *Vora'im zouzoum flach'* (va a perder hasta la camisa).

Matusalén hizo consignar en su contrato una pequeña cláusula, que dió que pensar a los maliciosos. Dicha cláusula especificaba que si los trabajos llegaran a interrumpirse por un caso de fuerza mayor, quedarían en beneficio del contratista las cantidades ya entregadas.

Matusalén se dió maña para que le adelantasen la casi totalidad de la suma estipulada. Las casas suministradoras—decía—, dada la audacia y particularidad de la empresa, exigían el pago de los materiales al contado.

Entretanto, la torre se elevaba poco a poco. El vaciado

del solar fué muy rápido y los técnicos se asombraron del poco tiempo empleado en la cimentación de una obra tan importante. Pronto alcanzaba la torre la altura de un cuarto piso, que, dada la altura de los techos en aquella época, representaba unos ocho pisos modernos.

Todos los domingos acudían gentes de la ciudad y de los pueblos de alrededor a presenciar los trabajos. Un lunes por la mañana sobrevino lo inesperado.

Un arquitecto de la ciudad estaba encargado, según el contrato, de comprobar la marcha de las obras. El lunes indicado, al llegar a la construcción, el arquitecto llamó a un capataz y le dijo:

—*Frichti bi coulacoulail votzobam brididi bebé:*

O lo que es lo mismo: «Es preciso traer más sacos de yeso; si no, no sé cómo van ustedes a terminar la primera plataforma.»

El interpelado abrió mucho los ojos y repuso, sin darle importancia:

—*Balababa kilitiri.* Frase que carecía de significado. Al oírle, el arquitecto gritó a otro capataz:

—*Calcaderiri boulzavei Tubalcaïn tram-tram.* («¿Qué le pasa hoy a Tubalcaïn, que me contesta en camelo? Seguramente le durará la borrachera de ayer»).

El nuevo capataz le replicó en javanés:

—*Jave nave savais pavas.*

—¡A ver, el guarda!—clamó imperiosamente el atolondrado arquitecto.

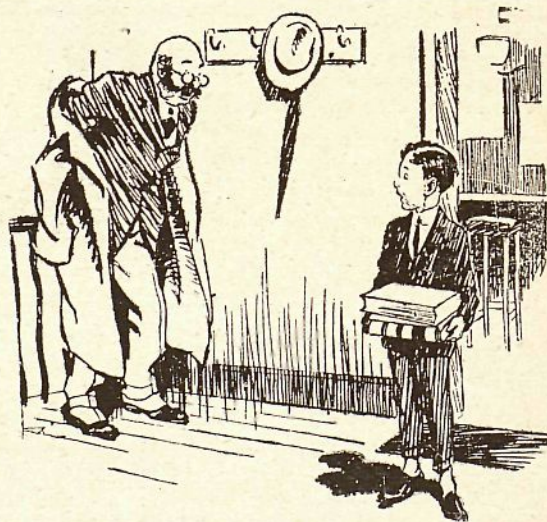
El guarda llega presuroso y le saluda:

—*Lonjourben, lonsieurmém,* que era tanto como decir «Buenos días, señor», en el rudo lenguaje de las tribus bizcas, según han declarado después los filólogos.

El arquitecto se dirigió, como un rayo, al Ayuntamiento; convocó a las autoridades y les hizo saber que la cólera divina acababa de caer sobre los obreros, entre los que se advertía una terrible confusión de lenguas.

Matusalén encontró su caso de fuerza mayor. Se suspendían los trabajos. El arquitecto presentó al poco tiempo su dimisión para irse a vivir al campo de sus economías, que la maledicencia juzgó considerables en un hombre de tan cortos ingresos.

M. V.



EL JEFE DE LA OFICINA (harto ya de conceder permisos a sus empleados para asistir a entierros de parientes suyos durante la temporada de futbol).—*Bueno, ¿no tendremos otro entierro en perspectiva?*

EL EMPLEADO.—*No señor, hasta el martes próximo.*

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

R. M. C. Gijón.—¿Que quiere usted dedicar su artículo al señor Micó, por tener motivos de gran agradecimiento con el susodicho Micó? ¿Y a mí qué, que sea usted amigo de Micó?... ¡Ná!... Y, por tanto, ¡no!...

amigo que le preste el número de BUEN HUMOR susodicho o si lo tienen usted en su colección, que es casi seguro que lo tendrá usted, porque usted parece persona de buen gusto... ¡y no lo decimos por Los encantos de la Sierra, donde disimulaba usted un poco!...

para presentarse con ellas ante el público. Pero puede usted estar seguro de que nuestros deseos, con

E. M. Madrid.—Esa aventura de Pepe Rodale, aparte de ser de una longitud y de una latitud espanta-

.....
Cuando se enfada Canuto los dientes enseña a Olive, pero lo hace desde que usa Licor del Polo de Orive.
.....

.....
respecto a usted, son buenos. En cuanto sus trabajos sean iguales que nuestros deseos, ¡arreglado todo!

Lea usted "Vida Madrileña" Anuncie en

Oficinas: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

bles, no es trabajo de la clase que hemos decidido admitir a los cola-



Crema Polar

Boca sana -- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

LIBROS DE RISA

LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

Pts.

Chistes míos y de ustedes.	2,00
Teatro fácil (16 comedias).	2,00
Cincuenta monólogos.....	2,00
Novelas y Monólogos escogidos.....	3,00
Chistes y cuplés (70 cosas)	2,00
La sala del crimen (novela).	2,00
Animales caseros.....	1,00
La Vanagloria (novela)....	3,00
300 chistes nuevos.....	1,00
Diálogos y entremeses....	1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo..	2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres.....	1,00

Pedidos: LUIS SANTOS
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

máquina? ¡Aunque sería mejor que, en algo de tiempo, no escribiese usted de ninguna manera!

J. L. G. Colonia de Carabanchel.—Empieza usted así su trabajo: «El tren corría a toda velocidad sobre sus rieles...»

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Y nos sobrecoge el espanto, pensando que un tren pueda correr sobre una pared o por encima de una cómoda, como sí tal cosa.

Y ya espantados, no damos pie con bola y no acertamos a ver si su

Ramonet. Madrid.—¡Ahí vá un pitillo!... ¡Fume, compadre... y deje usted la pluma, que escribe usted muy mal!...

M. D. Sevilla.—Le contestaremos a usted, sino tiene inconveniente (y si lo tiene, también), con un cantabile de una Zarzuela casi clásica que dice así:

¡Buenas noches, señores!

Yo soy Parejo.

Del pelotón de torpes

soy el más viejo.

¡Catapún, catapún, chin, chin! ¡Pím!

boradores espontáneos. El chismorreoteo teatral ya lo hacemos aquí. Huelgan, por tanto, competidores tan temibles como usted.

E. M.—La tragedia del guardia número 44 no ha conmovido nuestro corazón ni una pizca. Es una cosa como para contársela a otro guardia, ¡y gracias!

L. E. S.—¡Qué tontito es eso de Una cacería horripilante!... ¡Pero qué tontito, mi amigo!... Ahora que, como nosotros no somos tan tontitos, no lo publicaremos.

Seguramente usted deseará recibir el interesante

CATÁLOGO ILUSTRADO

de las graciosísimas

BROMAS Y SORPRESAS

Acaban de publicarse la nueva edición 1924-25 del catálogo y un librito de Explicaciones

ENVÍENOS SU DIRECCIÓN e inmediatamente se le remitirán

DEPARTAMENTO ESPECIAL PARA VENTAS A PROVINCIAS

SALVADOR CUESTA

Príncipe, 10. Madrid



PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

J. A. y B. Madrid.—¡Sí, señor, esta casa es muy seria como usted reconoce, supone y afirma! Tan es así que la respuesta a su envío del trabajo Los encantos de la Sierra, figura en nuestro número 159, que vio la espléndida luz del domingo 27 de julio pasado. Si usted no la leyó, ¿qué narices de culpa tenemos nosotros?... Y como no es cosa de repetir aquí lo que ya dijimos allá, aténgase a ello si hay algún

cuento es gracioso o no y si vale o no vale la pena de publicarle.

Y en tan horrenda duda, nos abstendremos prudentemente.

R. G. T. Madrid.

Su elogio de la judía es una cochinería.

V. P. P. Madrid.—Es un dolor, pero continuamos sin dar en la escarpi, querido amigo. Ni Vulgarización científica ni Mentiras convencionales están en condiciones

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿Cuál es la parte del cuerpo más necesaria a las mujeres?

—La lengua, porque si fueran mudas reventaban.

Telesforo G.^a Guindal.—Madrid.

—¿En qué se parece un cohete que cae en un estanque a las mujeres que no se lavan?

—En que *quemá-ranas*.

Alicia y Amparo.—Zaragoza.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

—Qué diferencia hay entre el caballo de un coche de punto y el dependiente de una tienda de telas?

—Que el caballo da muestras de estar cansado, y el dependiente está cansado de dar muestras.

Jamatelatajá.—Bilbao.

Geografía pitorróna:
El pueblo más aseado: Carabaña.
El más explosivo: Granada.
El más bravo: Toro.
El más hablador: Parla.
El que tiene más aceite: Zafra.
El de color más sufrido: El Pardo.
Y el más aficionado a la radiotelefonía: la capital de Grecia, porque es *Antenas*.

Radolfe Ciraga.

"Valdezarza" El mejor purgante

Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

En campaña.
EL CAPITÁN.—Ya sé que eres un héroe y que has hecho correr a tus enemigos.

EL SOLDADO.—¡Sí, mi capitán! ¡Y ninguno de ellos pudo alcanzarme!

Jotaeme.—Barcelona.

—En un fuerte hay cuatro soldados solamente, y hacen falta treinta y dos. ¿Cómo te arreglarías tú para tenerlos?

—Muy sencillo. Se les arma a toda clase de pertrechos y, como



hombre prevenido vale por dos, ya son ocho. Les pego una paliza que los doblo, y hacen diez y seis. Y, finalmente, como son *soldados* se les despega por la soldadura, y ya tenemos los treinta y dos.

Juan Góngora.—Melilla.

VINOS DE LA
COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 94 duplicado
Teléfono J. 718

—¿Qué utensilio de cocina es el que saludan los criados con más afecto?

—El almirez, porque le estrachan la mano.

Calymene.—Santander.

Un amigo consuela a otro a quien le han quitado el reloj.

—¡No te pongas así, chico! ¡Las cosas se van como vienen!

El último Valois.—Madrid.



En un examen de Arquitectura.
—¿Qué es lo que hace falta para sostener una casa?

—Ganar mucho dinero.

Benjamín López.—Madrid.

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

Preguntan a un andaluz:
—¿Cuál es la huerta más grande que tú conoces?

—¡La *guíerta* ar mundo!..

Celes Díez.—Bilbao.

.....
¡Soldado! si te acatarras no podrás gritar ¿quien vive? Pero puedes remediarlo con el Jarabe de Orive.
.....

—¿Por qué no trabajas? ¡El trabajo debería ser un placer para tí—Y lo es. Pero creo que no es conveniente entregarse al placer con frecuencia.

Menesitas.

ALBERTO RUIZ

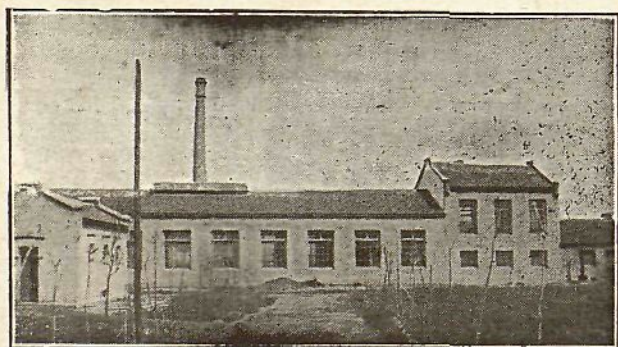
JOYERÍA.—CARRETAS. 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisións, 12.

LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO



BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACÉN:
Plaza del Matute, 6
Tel. 50-05 M.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis

LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza

Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza

Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza

CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—Por ahí va Gorrínez. ¡Valiente fresco!
 —Pero no me negará usted que su mujer es «de abrigo».